UNA BODA EXTRA

1
233747



BIBLIOTECA
MADRID
NACIONAL

10 cents.

1

233747

47/1505266

BIBLIOTECA MADRID NACIONAL

Una boda extravagante

I

Lo que voy a referir, es absolutamente cierto; *lo vi* yo; fué una orgía extravagante, una orgía de enfermos, que duró catorce horas y, de la cual la prensa se ocupó pocos días después. El hecho ocurrió en París.

¿No se acuerdan ustedes?

El individuo mas comprometido en este escándalo, era pintor, joven y rico, muy simpático y muy discreto, que al ver su nombre y su retrato llevado y traido por los periódicos, se pegó un tiro.

Pero de esto no hablaré.

Me limitaré, sencillamente, a describir *lo que mis ojos presenciaron*.

¡Qué no fué poco!

II

Un italiano compañero mio de fonda,

R.3224268

que era Sadista, me invitó a presenciar «una boda» de amigos suyos.

--¿Usted ha visto algo igual?

--No señor.

--Pues sígame usted, que no le pesará.

Yo, temeroso, nó de que nadie fuese a darme una paliza, (porque no ha nacido todavía el hijo de madre que me toque a mi el pelo) pero sí de que la policía pudiese hallarme en un sitio tan poco recomendable, opuse algunos reparos que el buen italiano se apresuró a desvanecer.

--No tenga usted miedo--dijo--porque la casa donde esos señores se reunen es muy decente, y hemos tomado toda clase de precauciones para que nadie pueda ir a sorprendernos.

--Sin embargo...

--En último caso--agregó--si le prenden a usted, nada hay perdido; usted, con decirle luego al juez que habia ido allí por curiosidad y no por afición a dar palos ni a recibirlos, queda despachado.

Sus razones me convencieron.

--Perfectamente--repuse--cuente usted conmigo.

--¿Cuando voy a buscarle a usted a su cuarto?

--¿A que hora empieza esa fiesta?

--A las nueve en punto de la noche--

repuso el ladino italiano móstrándome una targeta de «invitación» finamente impresa.

Pues, a las ocho y media, espero a usted.

El italiano, que sin duda abrigaba una secreta esperanza de *convertirme* a su partido, no faltó a la cita, y momentos después llegábamos a un magnífico inmueble situado en una de las principales calles del *faubourg* San-Germán, el barrio mas rico, el más noble y también el mas católico, de París.

Subimos una escalera lujosamente alfombrada y llegamos al último piso. Acabábamos de detenernos ante una puerta sobre la cual se leía la palabra *Estudio*. Mi acompañante apoyó un timbre; transcurrió medio minuto y oimos los pasos de alguien que se acercaba de puntillas.

Una voz varonil, pero delicada, preguntó desde dentro.

--¿Quién es?

--Soy yo, Luis.

—Está bien.

La puerta se abrió y penetramos en un taller de artista fastuosamente iluminado y amueblado, El italiano hizo mi presentación.

—Es un caballero español —dijo—que desea conocer nuestras costumbres.

Mr. Luis dió algunos pasos hacia mi y-

me alargó una mano despues me preguntó con admirable desenfado.

—Usted, caballero, no ha flagelado nunca a alguna mujer?

—Nunca.

¿Y, seguramente, lo halla usted repugnante?

—Sí, en efeeto... me párece un poquito feo.

—¿A ver, a ver?... ¿Y por qué? ¿Explíquese usted?

Un lacayito nos había desembarazado al italiano y a mí de nuestros gabanes, y los dos, acompañados galantemente por monsieur Luis, fuimos a sentarnos en un extremo del estudio.

—Explíquese usted--repitió el dueño de la casa.

--Las razones en que opoyo mi opinión —dije sonriendo, pues temía que mis palabras pareciesen demasiado duras a mi interlocutor--son sencillas: encuentro que es más agradable acariciar a una mujer que molerla a palos.

—¿Por qué?

—Pues... por razones de sentimiento... y, también, por razones anatómicas. El rostro de la mujer es más bello, cuando sonríe, que no con expresión de dolor.

Mr. Luis tuvo para mí una mirada de

infinita piedad.

—¡Qué equivocado está usted!--dijo--¡y qué lástima que un muchacho como usted, corrido y gallardo, gaste su juventud en empresas vulgares. ¡No sea usted «pueblo»; no fraternice nunca con el pueblo! ¿No comprende usted que acariciar mujeres es hacer lo que hace todo el mundo?... Mire usted: las mujeres son unas hipócritas que, aunque estén deseando palos, no se dejan besuquear sino tras algunos meses de resistencia y de lucha, y tenga usted presente que la que no ama por cálculo vil, lo hace por fastidio, cosa bien triste.

El disertante hizo una pequeña pausa, encendió un cigarrillo turco y continuó.

— Supongamos que se enamora usted de una mujer casada y que trata usted de acariciarla; ya la ha acariciado usted; ¿y qué?... sosería pura; lo de siempre; sin impresiones; sin sensaciones fuertes que deleiten, que den a los nervios impresiones exquisitas de refinado gusto.

El timbre de la puerta de la escalera vino a interrumpir esta conversación que, si he de ser franco, confesaré que iba interesándome.

—En último término--exclamó Mr. Luis levantándose--usted ha dicho que no ha flagelado nunca a ninguna mujer, ¿no es así?

—Así es--repliqué.

—Pues entonces, amigo mío, no discuta usted lo que no conoce. Hasta luego.

Y se alejó, despidiéndose de nosotros con una sonrisa burlona.

III

El italiano también se despidió de mí y me quedé solo, lleno de curiosidad y bien dispuesto a no perder ningún detalle de cuanto allí fuese sucediendo.

El estudio, que era muy grande, estaba alumbrado *á giorno*. la alfonibra roja, y el mobiliario lo componían algunas marquesitas y ocho o nueve divanes, muy bajitos y blandos, que invitaban a la voluptuosidad. A un lado y bajo un especie de palio o de dosel de muselina blanca, había un lecho amplísimo. cubierto de flores; en el lado opuesto aparecía una mesa, la mesa del festín, sobre cuyo albo mantel las botellas, llenas de vinos generosos, mostraban sus panzas doradas o rojizas.

A las nueve en punto. con una exactitud militar, comenzaron a venir los invitados a la boda, llegaban dos a dos y, según pude comprender después, cada una de aque-

llas parejas formaba un «matrimonio»; matrimonio que, con su aire de felicidad y contentamiento, parecían predecir a los futuros cónyuges un largo porvenir de venturas.

Los últimos que llegaron fueron los novios; él, tendría sobre unos veintitrés años; ella apenas representaba quince.

Mr. Luis tuvo la amabilidad de presentármeles.

—Rosina--dijo--la novia; Mr. Federico, el novio.

Y luego, volviéndose a ellos, agregó:

—Este señor, es un caballero español que desea ser testigo de vuestra felicidad.

Sucesivamente Mr. Luis, a quíen su cualidad de amo de casa. (y acaso también otros méritos que yo ignoraba)erigían en «maestro de ceremonias», fué presentándome a los demás invitados, y por su modo de saludarme, la elegancia de sus trajes y las sortijas que adornaban sus manos aristocráticas, me convencí de que toda aquella gente era rica y principal.

Enseguida Mr. Luis exclamó dando dos palmadas:

--Señoras y señores; pueden ir ustedes a vestirse, porque la ceremonia va a empezar.

Ya no faltaba nadie. Un lacayito cerró la

puerta con cerrojos dobles. y Mr. Luis y sus invitados, en número de diez, desaparecieron por una puertecilla disimulada tras un magnífico cortinón de terciopelo carmesí.

Momentos después reaparecieron todos; vestidos con soberbias batas de mujer; eran batas de seda, unas rojas, otras azules, ótras verdes, otras de color heliotropo, y todas profusamente adornadas con lazos y encajes costosos. Las señoras llevaban, como adorno, alrededor de la cabeza, una guirnalda de flores. Todos, ellas y ellos, eran jóvenes, hermosos y elegantes, y sus rostros, embellecidos por la esplendidez de aquellos femeniles atavíos, reflejaban una locura amorosa fuerte y extraña.

Mr. Luis alto, delgado y esbelto como una sacerdotisa de Cíteres, derramó sobre la alfombra y encima del lecho destinado al sacrificio, varios frascos de esencias, y un exquisito perfume se esparció, por el salón. Dos *chubesquis*, puestos al rojo, mantenían una temperatura *clásica*, verdaderamente *helénica*. Un terceto de jovenzuelos músicos, sentados entre un grupo de flores, esperaban una orden de monsieur Luis para tocar una gavota lasciva.

El espectáculo iba a empezar; era una ceremonia grave, casi mística, a la que los

invitados se disponían a asistir llenos de unción piadosa.

Mr. Luis, que era el director, colocó a los novios en el centro de la estancia; los invitados formaron un medio círculo alrededor de los contrayentes; unos y otros estaban de pie.

Mr. Luis interrogó primeramente a la novia:

—Rosina—dijo—¿es cierto que expontáneamente y por libérrimo impulso de vuestro corazón, queréis a Federico por amante flagelador?

—Este será mi placer—repuso ella sin vacilar pero bajando los ojos pudurosos.

Mr. Luis repitió;

—Federico: ¿es cierto que expontáneamente y por impulso libérrimo de vuestro corazón, queréis a Rosina por compañera de flagelación?

—Lo deseo fuertemente.

—Dáos las manos en señal de amistad inquebrantable.

Ellos obedecieron y entonces Mr. Luis, después de recomendar a la novia, paciencia y energía para soportar la flagelación, dió por terminada la ceremonia. Después volviéndose a los circunstantes, agregó;

—Señores: ustedes son testigos de lo que aquí acaba de suceder.

Inmediatamente procedieron a lo que los «hermanos» de esa extraña secta llaman «la comprobación de la voluntad».

Rosina fué despojada de su bata por dos amiguitas suyas de «sacrificio». Era una muchacha de mediana estatura, muy blanca y en cuyos ojos no había la más leve señal de pena.

—¿Ningún hombre—dijo Mr. Luis—ni siquiera el que acabo de darte por compañero, flageló tu cuerpo?

—Ninguno. señor.

El oficiante miró a los invitados?

—Ahí la tenéis, comprobad su promesa y si se arrepiente, arrojadla de nuestro seno.

Entonces los hombres se retiraron a un lado y las demás mujeres rodearon a la sacrificante, conduciéndola a un diván, donde la colocaron extendida boca abajo con los brazos cruzados sobre el pecho y dobló su linda cabecita sumisa y resignada.

Rosita, (la madrina) tomó un flgelador y dió, sin compasión, hasta doce azotes sobre las sonrosadas y temblorosas carnes de la pobre Rosina que sufría pacientemente.

—Reconocedla vosotras mismas —exclamó;—es fiel a su palabra.

Y suavemente, apoyó sus labios sobre la frente de la impasible y bella Rosina. Una

tras otra, las demás mujeres fueron haciendo lo mismo y repitiendo:

—Es fiel a su palabra.

Entonces Mr. Luis, Claudio y los otros invitados, abrazaron a Federico, diciéndole:

—Sé muy leliz.

A una señal del dueño de la casa, los jovenzuelos músicos empezaron a tocar, y las «compañeras» se despojaron da sus ricas batas.

Pepita se había sentado en unos cojines y Rosina, coronada de flores según estaba, fué colocada sobre las piernas de la madrina. Las mujeres la rodearon, empleándose todas en preparar su tocado de novia, según correspondía y era costumbre en el Club de los flageladores. Comenzaron, pues, a frotarle los brazos y el hermoso busto con vinagres aromáticos, luego perfumaron su cabecita angelical con esencias finísimas, pintaron sus labios con carmín y diéronle a beber un líquido excitante y enervador, con objeto de poner su sangre ardiente y dispuesta a soportar la crueldad de la flagelación a que se sometía por su voluntad.

Federico, el esposo, también fué preparado por sus amigos, que le dieron a beber un enérgico afrodísiaco, que pronto comen-

zó a producir sus terribles efectos, en su sangre ardiente.

Entonces todos exclamaron;

—El esposo ya está preparado; ¿donde está la esposa?

A lo que las mujeres respondieron:

—La esposa, blanca y dulce como una cordera, está aquí, esperando al esposo.

La orquesta calló, como por ensalmo, para comenzar enseguida un aire triste y lánguido, compuesto en tono menor.

IV

Rosina fué conducida al lecho en brazos de las mujeres, y colocada de costado, con los brazos cruzados sobre el pecho, las piernas un poco en flexión, las ricas carnosidades ofreciéndose al martirio.

Federico se dirigió a la cama, donde la dulce víctima le esperaba.

Entonces comenzó el sacrificio. Fué una escena originalísima, digna del pincel vigoroso y desenfadado de Petronio y que sirvió de prólogo a una bacanal estupenda.

Delante de todos, Federico se sentó junto a la «amada» y la estrechó entre sus brazos. Después comenzó a besarla las ore-



jas, la nuca, la garganta finísima y blanca, y, últimamente, los frescos y húmedos labios de coral. Enseguida Rosina fué colocada de rodillas y Federico, blandiendo en su diestra un flagelador, se acercó a su víctima con ojos centelleantes por la locura que le dominaba.

Rosina murmuró:

—Dueño mío, eres mi amo, pero te ruego que vayas poco a poco; no ms lastimes.

Mr. Luis repuso:

—Tienes que sufrir.

Y Pepita, la madrina, agregó;

—Para eso nacíste mujer.

Al recibir el primer latigazo, la virgen lanzó un gritó ahogado, un grito de voluptuoso dolor, y comenzó a esconder el cuerpo. Federico, que estaba excitadísimo, siguió acometiéndola, sacudiéndola fuertes latigazos desesperadamente. No había logrado pegarle más que diez golpes solamente y comprendía que la víctima se le escapaba.

—Ven acá—rugía furioso—ven o te desnuco.

—Déjame.

—Ven acá te mando.

—Que me haces daño, tirano mío, que me matas...

—Pues, fastídiate...

—Que me muero.

—No te importe.

—¡Ay, ay!...

—Aguanta, estúpida; aguanta, que la dicha vendrá luego.

Pero Rosina no se estaba quieta y fué necesario sugetarla. Todos intervinieron en aquella operación de una crueldad casi inquisitorial.

Unos sujetaron a la paciente por las curvas fuertemente, clavándola en la cama, otros la cogieron por los brazos; Mr. Luis la agarró con ambas manos por la nuca, obligándola a bajar la cabeza. Entonces Federico, blandiendo furiosamente un manojo de juncos, golpeó sin compasión el precioso cuerpo de Rosina.

—Tirano, cruel; me asesinas... basta... basta...

Y se echó a llorar.

El, a quien precisamente, el sufrimiento de su novia, enardecía, redoblaba los golpes y resoplaba jadeante por el placer salvaje que aquel martirio le proporcionaba.

Las facciones de los circunstantes estaban visiblemente excitadas y sus cuerpos nerviosos se movían inquietos, pellizcándose ellos y ellas sin poder dominar su inquietud.

La novia no sentía todavía el voluptuoso

placer de la sangre irritada por la flagelación y pusieron fin al tormento para tomar nuevas fuerzas.

Inmediatamente sus padrinos se apresuraron a darles de comer algunos fiambres y los vinos generosos de Francia y de España llenaron los vasos, excitando a la orgía.

La bacanal, sin embargo, no había de empezar hasta media hora después, pues Mr. Luis dijo que nadie debía entregarse al placer antes de que la novia sintiese los deleitosos arrebatos de la carne flagelada.

—Los esposos—declaró Mr. Luis con aquel tono enfático a que su carácter de director parecia darle derecho—deben ir siempre juntos y no separarse ni en la alegría ni en el dolor; y puesto que el ha gozado como verdugo, martirizándola, ella, también, merece saborear las delicias de la flagelación. ¡A cada cual lo suyo!...

Tales palabras sirvieron de señal para un segundo ataque. Esta vez el vapuleo fué menos doloroso para Rosina, pero no pudo disfrutar, apesar de haber experimentado un goce vivísimo al sentir correr por su satinada carne algunas gotitas de sangre que brotaban de sus heridas.

—¡Vaya un bromazo!—exclamó el italiano que estaba deseando intervenir activamente en la fiesta—a este paso no va a llegar nunca la nuestra.

Entonces, por consejos de Mr. Luis, los padrinos se apercibieron a proporcionarle a la novia un nuevo afrodisíaco. Abriéronle las ropas y frotáronle el cuerpo con una pomada irritante que, desde el primer momento, le produjo una fuerte sensación de calor y picores agudísimos.

Hecho esto. Federico, que era incansable en la acometida, se preparó a atizar una una tercera azotaina a su esposa.

—¿Estáis dispuesto?—preguntó monsieur Luis.

—Yo sí—repuso la madrina, que era la encargada de cosquillear a Rosina.

—¿Y tú, Federico?

—También.

—Pues... *¡en avant et tout doucement!*

(Lo que equivalía a decir: despacito y buena letra).

Rosina, que como mis lectores saben, estaba sobre la cama de rodillas y la cara apoyada en la almohada, se hallaba en aquel momento sometida a dos sensaciones exquisitas, pues mientras Federico le daba azotes enérgicamente, lo que ya no le producía ningún dolor por haberse calentado su sangre todo lo necesario, Pepita la cosquilleaba concienzudamente a dos manos.

Sobre los oídos de la tierna paloma cotamenzaron a llover las palabras cariñosas, las frases de amor. los adjetivos axcitantes.

—Anda rica, dame tus labios. dame tu vidita, que es sangre tuya.

—Mirame con amor, cachonda.

—¡Ay, que novio tan bueno!

—¡Ay, serrana, que rostro tan rico y tan hermoso que tienes!...

Todo este chaparrón de exclamaciones, aguijeadoras como alfilerazos, acabaron por trastornar de pasión a Federico y a la madrina.

Federico empezó a besar y a gritar:

—Ay, nena, qué rica eres...! ¡Ay, qué cariño te tengo!

En cuanto a la madrina, fuera de sí, comenzó a besar y morder locamente los labios de Rosina.

Cuando ella se sintió besada, palpada, mordida y acariciada, de aquel modo, ya no pudo resistir más, y comenzó a suspirar de gozo y a abrir y cerrar los preciosos ojos de un modo que proporcionó a Federico vivísimo deleite.

Entonces comenzó la orgía, una saturnal delirante, de la cual nosotros. los que andamos por el mundo de los cuerdos, no podemos formar idea.

Obedeciendo a un mismo pensamiento,

a la obsesión de pegar, y de beber para excitarse con la bebida y seguir flagelando, se precipitaron hacia la mesa del festin. prorrumpiendo en canciones y brindis báquicos.

—¡Vivan los rostros que siembran el placer!

—¡Viva el champán que alegra el corazón!

—Vivaaa!

Mr. Luis agregó, agitando la campanilla:

—¡Ha llegado el momento del *desmigue!* ¡Adelante, valiente!

¡Y yo no podría trasladar al papel lo que vi durante aquellas dos o tres horas!

A una señal del director, todos se arremetieron ébrios de locura sádica, doblando la cerviz, como es lógico suponer, las pobrecitas mujeres.

Los hombres armados de sus flageladores, la emprendieron contra sus esposas respectivas, sacudiéndolas de lo lindo, lo que hacía prorrumpir a algunas en gritos agudos de angustia y dolor. Estos gritos enardecían más y más a sus verdugos, que seguían redoblando los golpes sobre aquellas ricas carnes de perdición.

Los ojos exaltados y desmesuradamente abiertos de los hombres, de aquellos hom-

bres verdaderamente enfermos, dominados por su pasión brutal, parecían salírseles de sus órbitas. Los quejidos de las hembras, cada vez eran más débiles. Sus carnes se iban excitando gradualmente, enervadas por la azotaina y comenzaban a sentir un placer inefable y un calor febricitante en su sangre joven.

A las tres de la madrugada el escándalo llegó a su apogeo. Los asistentes, no sabiendo ya a que nuevos excitantes apelar, resolvieron maltratar a la novia. Mr. Luis fué encargado de decírselo a Federico.

—Los amigos aquí reunidos—exclamó el dueño de la casa—te ruegan por mi conducto les concedas permiso para azotar a tu mujer.

Federico, que estaba completamente borracho, replicó:

—¿A mí que me contáis? Flageladla o matádla... ¡me tiene sin cuidado!

Instantáneamente la pobre Rosina, cuyo cuerpo virginal no habia disfrutado en toda la noche de un rato de sosiego, se vió llevada y traída por un torbellino de manos imperiosas que la agarraban unas por las piernas y otras por los brazos. Ella. cachonda con tanto sobeo, murmuraba:

—Basta, basta... tened piedad de mí.

Pero el coro contestaba.

—Nada, aquí no hay cuartel para nadie; hemos de darte todos una paliza morrocotuda.

Y, efectivamente, no hubo remisión.

Rosina, rendida, destrozada, con la carne de su cuerpo amoratada por los palos y chorreando sangre. acabó por quedarse tumbada boca abajo en medio de la habitación.

V

En éstas se hallaban cuando ¡pam, pam!... llamaron a la puerta.

Al pronto nadie oyó, pero la violencia de los golpes descargados sobre la puerta dominó el estruendo de la bataola.

Mr. Luis, que era hombre inteligente y dueño de sus sensaciones, se había puesto intensamente pálido. De pronto, se acercó a mí.

—¿Ha oído usted?—preguntó.

—He oído que llaman—repuse.

—Debe ser la policía—murmuró.

En sus palabras hubo, sin duda, algo magnético, porque, como por arte de brujería o encantamiento, todos los ruídos cesaron.

—La policía—balbuceó Rosina despertando de su letargo.

—La policía... — repitieron los labios blancos de miedo, de los invitados.

Volvieron a llamar. Mr. Luis, más animoso que sus compañeros de locura, salió a abrir la puerta.

—¡Téngase todo el mundo a la autoridad!—gritó úna voz marcial.

Era el comisario, a quien acompañaban catorce agentes, todos con el revólver desenvainado. Los siniestros personajes penetraron en el cstudio y cerraron la puerta. El comisario era un individuo pelirrojo, chiquitín. nervioso, a quien me parece estar viendo todavía.

—¡Vaya!—exclamó—¡veo que no me habían engañado! ¿Se trata de una boda de flageladores?

Muy tranquilo, Mr. Luis contestó:

—Si, señor.

—¡Me gusta la frescura!

—Lo celebro: yo siempre estoy a las órdenes del señor comisario.

—¿Quién era la novia?

—Esta señorita.

—¡Esta sinvergüenza querrá usted decir!

—Favor que usted me hace, señor comisario — interrumpió oportunamente Rosina.

Los agentes, a despecho de su gravedad profesional, se sonrieron disimuladamente bajo sus ásperos bigotazos. El comisario continuó.

—¿Y el novio? ¿Quién es el novio?

—Servidor de usted—contestó Federico.

—¡Admirable!... Y, cuando yo he llegado, ¿qué hacían ustedes?

—Pues... azotar a estas mujeres, dicho sea con permiso del señor comisario.

Al escuchar esta respuesta, llena de ironía el representante de la justicia perdió la paciencia.

—¡Esto se ha acabado!--gritó—todo el mundo preso.

Después, mientras los guardias, iban atando dos a dos a Mr. Luis y a sus camaradas, el terrible comisarario se encaró conmigo.

—¿Usted es extranjero, verdad?

—Sí, señor.

—¿De dónde?

—Español.

—¡Cosa rara!—exclamó con un acento de duda que hizo honor a nuestra patria! —¡español y flagelador; no lo comprendo;

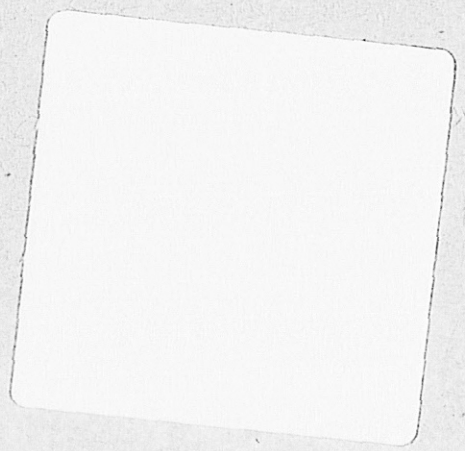
Yo le dije que, en efecto, yo no era flagelador, y que únicamente el deseo dé ver cosas raras me había llevado allí.

Nada, sin embargo, me salvo de ser con-

ducido a la delegación. Allí me acosaron a preguntas y después de comprobado que yo no pertenecía al Club sadista, me soltoron.

—¡Señor!... ¿Acabaré yo también por pegarles tortas a las mujeres?

FIN



MADRID
BIBLIOTECA NACIONAL

PUBLICACIÓN SEMANAL

Lea V. la hermosa

COLECCIÓN PLACER

TOMITOS PUBLICADOS:

La primera noche de amor.--Suspiros tiernos —Fiebre de amor—La mujer del prójimo. Goces supremos.—Picardías de novios.—Horas placenteras.—Cariñitos de mujer.—Amor en globo. —Misterios del lecho NO conyugal.—Granujadas amorosas.—Amores crueles.—Trapisondas de mujeres.—Los amores de Fausto.—Historia de tres amores.—Una boda extravagante.

Preciosa colección de tomitos, espléndidamente presentados y sumamente interesantes y sugestivos por su amenidad y originalidad, en los que se relatan infinidad de escenas vivas y realistas, de la vida alegre y bulliciosa de la juventud.

Constituyen estos tomitos una serie extensa de joyas literarias y artísticas en el género amoroso, escritas por sus autores con tal desenvoltura, gracia y salero, que hacen asistir al lector al lugar de la escena y saborear gozoso los pasajes deliciosos que en ellos se describen.

CADA TOMITO: 10 CTS.

Lea V. la sugestiva

COLECCIÓN

¡¡VIVA LA GRESCA!!

Consta de 10 tomitos picarescos diferentes, muy sugestivos, interesantes y amenos. La última palabra de lo gracioso y cachondonamente bien escrito.

Riquísima presentación.

CADA TOMITO: 20 CTS.

Editorial AURORA.-Barcelona